

LA VIOLENCIA Y EL ORDEN

(UN LIBRO DE ALVARO D'ORS CON "MUCHOS RINCONES")

POR

MIGUEL AYUSO.

I

Fuera de todo ditirambo, creo no errar si, desde el inicio, califico el libro con que el profesor Alvaro d'Ors acaba de regalar a sus lectores como un libro llamado a ser clásico —nacido clásico— y a permanecer enhiesto cuando toda la hojarasca de la literatura democrática sea arrumbada por tiempos menos indigentes que el nuestro. Y libro que deberá constituir referencia inexcusable cuando en adelante se trate el tema de nuestra Cruzada de 1936. Porque, al igual que el de Javier Nagore que le precedió en la colección que lo ha dado a la estampa, excede de la *razón histórica* para entrar de lleno en la *razón poética*, si se me permite usar una sutil distinción de Leopoldo Eulogio Palacios —núcleo de la obra sobre *Historia y Poesía* en que trabajaba cuando le sorprendió la muerte— que ha gloriado maravillosamente Rafael Gamba.

En efecto, las ciencias biológicas y psicológicas, al estudiar aspectos del alma o del cuerpo del hombre, pero no al hombre mismo, se han visto rebasadas por la historia, como disciplina que se acerca más al ser concreto del hombre, al menos en la peripecia temporal de su caminar por el mundo. Sin embargo, como comenta Palacios, la historia narra hechos del pasado, realidades que ya no son, de cuya facticidad pretérita se ocupa; hechos cuya intencionalidad última escapa al historiador y que en su carácter mostrenco podemos interpretar diversamente. De ahí que haya de darse un paso más y reconocer la fuente cognoscitiva de lo humano en la *razón poética*. Porque, qué duda cabe que el conocimiento relativo al hombre también se obtiene observando los hechos narrados por la historia, pero reducir el hombre a su historia equivale a vaciarlo de sentido humano en una medida no inferior de aquella en que lo hacían las llamadas ciencias sociales. En cambio, ese conocimiento queda potenciado en la poesía

narrativa o dramática, que crea tipos o caracteres reales para lanzarlos, a través de la fábula o mito, a situaciones que expresen —como resume Gamba— su *ethos* y su *pathos* profundos.

II

Por tanto, el libro de Javier Nagore, *En la Primera de Navarra*, como *historia de soldados conocidos* que es, según la feliz expresión del propio Alvaro d'Ors, es una ilustración insuperable del carácter de Cruzada que tuvo nuestra guerra, mediante la personificación subjetivadora de la santidad objetiva de la causa que en ella se ventiló, y resulta en ese sentido mucho más penetrante el lenguaje de Nagore —fiel transcripción, afirma Gamba, del de aquel campesinado navarro convertido a la sazón en combatiente— y la semblanza personal de cada uno de los que durante la campaña fueron sus compañeros "de armas, de penas, de alegrías y de victoria", que el tratado histórico más veraz y mejor informado que pudiera lograrse sobre el tema.

Igualmente, el presente libro de Alvaro d'Ors, en otro estrato indudablemente, es también la historia interior, la biografía de un *soldado y pensador que se conoce*, "que sabe quién es" al igual que Don Quijote. Por eso, hay unas palabras que el profesor d'Ors pronunció el pasado 20 de febrero en el hotel de los Tres Reyes, de Pamplona, en el acto de su presentación, que son altamente reveladoras de lo que este libro supone: significa —dijo— el reencuentro con muchos capítulos de su vida, supone un volver a atar el tapiz de los hilos de su vida, de ese tapiz del que solamente Dios conoce, además del revés de la trama, el envés. De ahí que el resultado del que el lector puede gustar interna e intensamente es *un libro con muchos rincones*. No creo que se pueda sintetizar en menos palabras —y con más autoridad, pues vienen del *autor*— lo que significa este libro fundamental.

Si todo libro muestra algo de la personalidad y el talante de su autor, si desvela algo del misterio de su alma, de éste que hoy tengo el honor de comentar a los lectores de *Verbo*, precisamente por tener muchos rincones, se puede afirmar en grado eminente. Como en un paseo por la ciudad en que se ha vivido intensamente parte de la vida, cada plaza, cada calle, cada esquina, evocan recuerdos tales que las piedras duras y frías se asocian a los destellos misteriosos de la memoria, a la vivencia del amor y del dolor; así, este libro es un paseo sosegado por muchos rincones y, con el cincel de su pluma bien cortada y de su paleta sugestiva, el artista nos deja ver muchos pliegues de su alma, muchos rasgos y colores de su autorretrato. Por

eso, es obra de genio, de raptó, de inspiración, ejecutada como tal "de un tirón". No podía haber sido de otro modo.

Muchas de las tesis que Alvaro d'Ors ha venido sosteniendo durante su dilatada —y fructífera— ejecutoria vuelven a encontrarse en este libro, que, al pie de cada página e ilustrando cada desarrollo conceptual, podría haber incorporado un grueso aparato de notas sólo con referencias y remisiones a artículos y ensayos del autor. La distinción *potestas-auctoritas*; el diagnóstico de la crisis del Estado, fruto de la subordinación a instancias supranacionales y a la vez de la tendencia a dividir intranacionalmente las naciones sometidas a tensiones regionalistas; el Reino de Cristo como plasmación de la teología política católica, etc., vuelven a este libro, pero no apiladas, sino trabadas, encadenadas por el fluir de un pensamiento racional y paradójal a la vez, lógico y mágico al tiempo. Es una prueba más del magnífico momento intelectual que atraviesa el profesor d'Ors, instalado en una actitud serena y madura de recapitulación de muchos pensares y sentires, y entrando en esa edad de la vida y de la inteligencia que Guardini caracterizó como la del *hombre sabio*.

Cualquier profesor honesto y dedicado, en el trance de su jubilación, podría ofrecer una síntesis de sus aportaciones a la disciplina de su especialidad y a las ramas colindantes del árbol de las ciencias. (También lo ha hecho Alvaro d'Ors en la *prelección jubilar* que leyó en la Facultad de Derecho de la Universidad compostelana el día 12 de abril de 1985.) Igualmente quedaría al alcance de cualquiera inventariar la propia producción, elaborando una bibliografía más o menos voluminosa. Pero sólo un *maestro*, y en un sentido más pleno que el del mero profesor que transmite conocimientos, en el del amigo que generosamente —magnánimemente— abre el corazón, puede ser capaz de alumbrar un libro como *La violencia y el orden*, del que se puede decir ejemplarmente que es una carta dirigida a cada uno de sus lectores, que se puede resumir como un destilado de sabiduría.

III

Me resulta muy difícil comentar algunos de los puntos más salientes o destacar ciertos de sus conceptos más brillantes. Aunque consciente de que es posible que yerre al hacerlo, voy a referirme a cuatro ideas que giran alrededor de nuestra Cruzada de 1936, de la que se han cumplido cincuenta años el pasado, y que ha sido la motivación inmediata del escritor a la hora de tomar la pluma.

La primera —en la que no voy a insistir— es que el orden necesita de una violencia no sólo constituyente, sino defensiva. De

donde se deduce la licitud del uso de las armas y, en ocasiones, de una sublevación armada cuando la sociedad comprueba que la potestad no quiere, o no puede, mantener un orden. Es el caso de la legítima defensa contra la anarquía, caso en el que las armas y la expectativa fundada de victoria pueden dar legitimidad a la sublevación. En nuestra Cruzada no ocurrió otra cosa, como —con tanta prontitud como acierto— captó el obispo de Salamanca Pla y Deniel en un pasaje de su pastoral *Las dos ciudades*: “La actual lucha reviste, sí, la forma externa de una guerra civil, pero, en realidad, es una Cruzada. Fue una sublevación, pero no para perturbar, sino para restablecer el orden.”

* * *

La segunda, que apareció anticipada en el ensayo con que amablemente contribuyó al número colectivo que la revista *Iglesia-Mundo* dedicó al cincuentenario de la Cruzada y que tuve el honor de dirigir y coordinar, es “que nuestra guerra, quizá por desgracia, sólo fue una Cruzada y no una verdadera guerra civil”. Es decir, fue una reacción del sentimiento religioso herido ante la permanente agresión republicana. Fue el rotundo ¡no! que un pueblo arraigado en la fe opuso a una política que conducía de modo necesario a la ruina espiritual. Fue la comprensión, luminosa en un instante, de que muchas de las corrientes entonces triunfantes —y a las que, apenas remozadas, hemos vuelto a abrir hoy alegres y confiados nuestras ventanas— no eran propiamente opciones políticas opinables, sistemas preferidos legítimamente por cualesquiera grupos para organizar la convivencia política. Se trataba —se trata— de sistemas globales, de cosmovisiones cabales que en su dimensión política no eran sino la puesta en práctica de una moralidad de inspiración filosófica anticristiana.

Pero esta conciencia que como reacción —preferentemente religiosa— era tan clara, no llegó a fraguar en lo positivo con el reencuentro del sistema político tradicional, que había dado a España los mejores días de su historia y era el único que podía volver a dárselos. Quizá no haya habido otra ocasión igual en los dos últimos siglos para haber enderezado definitivamente —con todo lo que de pretencioso tiene hablar de definitivo entre los hombres— un rumbo, y quizá no vuelva a haberla. Ocasión, lo sabemos ahora, pero pudo haberse siempre, perdida en buena parte.

Pues bien, si la guerra de España fue una Cruzada, si tuvo un sentido afirmativo y último de carácter religioso que excedía muy mucho del simple golpe de mano para asegurar una “República honrada”; fue en buena medida por el pueblo carlista de Navarra, que ejerció en grado heroico unas virtudes que ya son leyenda. Los re-

quetés, con sus cristóforos y sus "detentes", constituyen una ilustración suprema de lo que es una guerra religiosa. Pero, por otro lado, si sólo fue una Cruzada, si no llegó a ser propiamente la guerra civil que d'Ors cree que debía conducir a la legitimidad tradicional, fue a pesar de los requetés y precisamente por abandonar sus banderas y acallar sus canciones. En unas y otras estaba la continuidad de una historia y de una política. Ese siglo y medio de tragedias cuya sucesión se abre con la guerra realista y concluye con la guerra de Liberación.

Alvaro d'Ors —y cierro con esta consideración el análisis que por mi cuenta he emprendido en las líneas anteriores—, con este libro, con esta idea tan acertada pero también tan acerada, tan sugestiva como cortante al tiempo, vuelve a acreditar su lealtad a la causa de la Tradición, de la que resta como uno de sus grandes valedores en nuestros días.

* * *

La tercera explica la incomprensión actual de nuestra guerra por la conexión íntima entre *pacifismo y democracia*. La democracia anega la voluntad de defensa de las sociedades y las conduce al suicidio colectivo. En 1936, en cambio, se vivió con pureza lo que Ramiro de Maeztu dejó grabado en letras de bronce para enseñanza de futuras generaciones: "Ser es defenderse." Y es que cuando se renuncia a la propia identidad para congraciarse en el ideal sincretista de la sociedad indiscriminadamente abierta, se está declinando la posibilidad misma de la autodefensa. Cuando se hace mofa impunemente de cuanto ha sido el sustento de una manera de ser y el fundamento de una civilización original, es que el pensamiento va muriendo. Cuando se deshonran los frutos de nuestro espíritu para idealizar sin medida a las que se suponen sus víctimas, la barbarie se instala triunfadora.

El análisis que d'Ors nos ofrece en este punto —desde las atalayas de la teoría política— es de una valentía e independencia imponderables. A pesar de su extensión no dudo en transcribirlo: "La relación profunda entre pacifismo y democracia es tan clara como oculta. Se trata simplemente de sustituir la decisión armada, que, en principio conduce a la victoria del más fuerte, por la negociación económica, que conduce al dominio del más rico. Esto es así porque la democracia, por sus mismos principios, postula la transitoriedad del gobernante, cuya potestad depende de las elecciones populares dentro de ciertos límites constitucionales. Esto quiere decir que el gobernante aparente, al no ser estable, no tiene el poder realmente de-

cisivo, sino que éste debe reservarse a un cierto grupo de personas que, por su gran potencia económica, pueden controlar la vida social, dentro de cada Estado, incluyendo el mismo resultado de las elecciones, pero, a la vez, puede establecer un sistema de entendimiento supranacional permanente. De este modo, la Democracia es, en el fondo, una Criptocracia plutocrática, para la que la negociación, los negocios, es su oficio, y no la violencia militar. Y al ser un poder oculto, es natural que se combine con todas las otras redes y sectas de connivencia oculta que existen en el mundo y que, revisitando distintos nombres, conducen, en último término, al poder sinárquico... Pero, por este camino de la Criptocracia encubierta bajo apariencias democráticas, es el mismo Estado el que viene a caer en crisis: se convierte también él en un puro instrumento de la Sinarquía mundial."

* * *

La cuarta dice relación con el profundo planteamiento que d'Ors ha hecho de la cuestión de la Teología política. Por encima de las distinciones eruditas —al margen de la discusión entre Carl Schmitt y Eric Peterson de que en alguna ocasión se ha ocupado—, en este libro nos muestra el profesor d'Ors un entendimiento *nuclear* del problema. No en vano reconoce que el impulso primero de todas sus reflexiones sobre teoría política —materia que no ha dejado de estar presente en su quehacer intelectual, entrelazada, dice, con la temática histórica y jurídica impuesta por el oficio—, cuyos resultados se presentan de manera resumida en este libro, "es aquel grito de «¡Viva Cristo Rey!»», con el que murieron —escribe— muchos de mis compañeros de Cruzada, así como también otras personas víctimas del terror, muchas de ellas mártires. No era aquél un grito sólo de fe y de bravura en momentos de sacrificio heroico, sino algo mucho más grave y elevado: una afirmación del primer principio para una teoría política cristiana; un alto mensaje que no podía llegar al olvido".

IV

Quienes tienen una concepción métrica del saber pasarán de largo ante este peculiar libro sobre la Cruzada de 1936, que no habla de historia militar ni rastrea datos de sociología economicista. Sin embargo, por muchas razones y en varios sentidos, es quizá uno de los libros más importantes para entender el sentido de aquella misteriosa explosión de fe. De cuyos rescoldos aún vivimos.